

La máquina de guerra capitalista o la guerra y la paz en el umbral

The capitalist war machine or war and peace on the threshold

José de Jesús Hernández Jiménez 

Universidad de Guanajuato

Guanajuato, México

cn.hernandezmartinez@ugto.mx 

Cuauhtémoc Nattahí Hernández Martínez 

Universidad de Guanajuato

Guanajuato, México

nattahiher@yahoo.com.mx 

Recibido: 02/10/2024 **Corregido:** 08/12/2024 **Aceptado:** 10/12/2024

DOI: <https://doi.org/10.69967/07194773.v11i.510>

Resumen

A partir de la tesis que sostiene que el capitalismo contemporáneo está articulado y configurado internamente como una máquina de guerra, se explora cómo es que se fragua tanto en términos de exterminio como de “guerra contra las drogas”, a partir de lo que sucede tanto en Palestina como en México, respectivamente. Aunado a esto, analizamos cómo es que la economía y la política han entrado en un proceso de indistinción con la guerra como parte de la conformación de la máquina de guerra capitalista, una máquina que ahora persigue la «paz» como una forma de extender el dominio y prolongar los registros de su guerra contra los pueblos, en un proceso de pacificación securocrático necesario para que continúe la acumulación capitalista. Con lo que la guerra termina de esta manera convirtiéndose en un marco permanente de vida.

Palabras clave: Guerra, umbral, paz, capitalismo, máquina de guerra

Abstract

Starting from the thesis that maintains that contemporary capitalism is articulated and configured internally as a war machine, we explore how it is forged both in terms of extermination and the “war on drugs”, based on what happens both in Palestine and in Mexico, respectively. In addition to this, we analyze how the economy and politics have entered into a process of indistinction with war as part of the formation of the capitalist war machine, a machine that now pursues «peace» as a form of extend the domain and prolong the records of their war against the people, in a process of securocratic pacification necessary for capitalist accumulation to continue. With which the war ends in this way, becoming a permanent framework of life.

Keywords: War, threshold, peace, capitalism, war machine

1. Introducción: la guerra y la paz en el umbral

En el marco de una investigación histórica acerca de cómo surgió el discurso de la lucha de razas, en *Defender la sociedad* Michel Foucault sostiene que con el crecimiento y desarrollo

de los Estados-nación que ocurre durante la Edad Media y en el umbral de la época moderna se pasa de “sociedades de guerra cotidiana”, de sociedades donde la guerra constituía una relación cotidiana entre los hombres (en la forma de “guerras privadas”) a las sociedades modernas donde las instituciones y las prácticas de la guerra se van a concentrar en el poder estatal, como una capacidad que detentan los propios Estados. Esto es, se pasa de sociedades guerreras, sociedades sumergidas y empantanadas en la guerra a sociedades que se “desembarazan” de la guerra y la envían a sus umbrales como un asunto y una actividad que sólo podían hacer los estados (Foucault, 2001, 53ss).

Lo interesante es que Michel Foucault plantea que este gesto a través del cual la sociedad se “desembaraza” de la guerra fue condición de posibilidad para pensar la guerra. Es decir, que la guerra en las sociedades anteriores era tan cotidiana que justo por eso la guerra no era un objeto de reflexión y que fue hasta que la sociedad se “desembarazó” de la guerra y se le envió a la frontera como una actividad en la relación entre los Estados, que la sociedad la pudo tomar como un objeto de reflexión (Foucault, 2001, p. 53). Allí es justo cuando nace el “discurso de la guerra de razas”: fue hasta que la sociedad hizo mediar una cierta distancia entre ella y la guerra que la guerra pudo convertirse en un objeto del pensamiento.

El planteamiento es similar al que Foucault hizo a propósito de la locura en *Historia de la locura en la época clásica*: fue hasta que la sociedad de la época clásica encerró a la locura e hizo mediar una cierta distancia entre ella y la locura que la locura se convirtió en un objeto que es posible mirar (Foucault, 1976). La idea, entonces, es que sin distancia no es posible mirar.

Es hasta que la sociedad moderna se “desembaraza de la guerra” y la convierte en una relación de violencia efectiva o amenazante entre Estados, es decir hasta que la guerra se “estataliza” y se le conduce al exterior de las fronteras para aumentar la potencia del Estado, que la guerra se convierte en un objeto de reflexión en manos del “discurso histórico-político de la guerra de razas” que ulteriormente dará origen, por un lado, al discurso biológico de la guerra de razas y, por otro, al discurso económico de la guerra de clases.

Frente a este proceso histórico a través del cual la guerra se “estatalizó” y se convirtió en un asunto que ocurre en las relaciones entre los Estados, nos tenemos que preguntar si acaso no está sucediendo ahora justo lo contrario: estamos de nuevo tan empantanados en la guerra que ya no reparamos con suficiencia en el hecho de que estamos en una situación de guerra permanente.

Recientemente, en la presentación de un libro escrito en común, los filósofos Éric Alliez y Maurizio Lazzarato sostuvieron que “vivimos instalados en una serie de guerras continuas de clase, raza, sexo y género”; de guerras de la civilización contra el medio ambiente, de guerras por el petróleo y el control geoestratégico, de guerras de subjetividades que fragmentan a la población, de guerras contra las mujeres, de guerras económicas, de guerras militares entre Estados y bloques de Estados, de guerras que emprendemos contra el otro para poder sobrevivir, de guerras “contra el terrorismo” y “por la paz” (Alliez y Lazzarato, 2017).

En este sentido, señalaron que la guerra constituye el motor secreto de la gobernanza neoliberal y que las guerras no son realidades ajenas a la relación del capital, sino son esenciales a ella. Lazzarato lo enunció elocuentemente de la siguiente manera: “¡No hay Capital sin guerras de clase, raza y género y sin un Estado que tenga la fuerza y los medios para librarlas! La guerra y las guerras no son realidades externas, sino constitutivas de la relación de capital, aunque lo hayamos olvidado” (Lazzarato, 2022). La guerra y las guerras, desde esta perspectiva, serían algo así como las condiciones de existencia del capitalismo.

En términos de la noción de umbral de Giorgio Agamben, podríamos decir que en medio de la crisis civilizatoria la guerra ha entrado en un proceso de indistinción con la paz, al grado que ambos resultan indiscernibles. La paz y la guerra se disuelven en un *continuum* en el que la forma del conflicto cambia, pero el impacto de la violencia se multiplica y generaliza. O también como lo plantea el Comité Invisible en *La insurrección que viene* donde sostiene que

la guerra ya no es aislable en el tiempo, sino que se difracta en una serie de microoperaciones militares y policiales, en conflictos de baja y alta intensidad (Comité Invisible, 2007, p. 36).

Y es desde aquí, a la vista de este entrelazamiento entre guerra y capitalismo, que a continuación emprendemos un recorrido en el que analizamos la manera en que la guerra se convierte en una fuerza constitutiva del despliegue del capital así como la forma en que se fragua en términos de “guerra contra el narcotráfico”, por un lado, y en términos de exterminio, por otro, como el que acomete el Estado de Israel contra Palestina, con el objetivo de situar al Capital como una máquina de guerra en curso.

2. La guerra como fuerza constitutiva del capitalismo

En *Guerras y capital*, Alliez y Lazzarato plantean que los flujos de guerra han llegado a ser la condición de existencia, de producción y de reproducción del capitalismo contemporáneo. La guerra es la fuerza constitutiva y ontológica del capitalismo, en la medida en que tanto la economía como la política no la reemplazan, sino que “la prosigue[n] por otros medios” (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 27). Lo que significa que las guerras de clase, de raza, de sexo, de subjetividad, las guerras militares o civiles están integradas constitutivamente en la definición misma del Capital (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 27).

Por eso pueden sostener que el capital no es ni una estructura ni un sistema, sino una máquina, y una máquina de guerra propiamente dicha, “de la cual la economía, la política, la tecnología, el Estado, los medios de comunicación, etc.,” sólo son articulaciones específicas informadas por relaciones estratégicas, cuya meta no es aplacar las relaciones bélicas sino proseguir con sus propios medios la guerra del Capital (2022, 37).

Para llevar a cabo la crítica del capitalismo desde este costado, los autores recuperaron, primero, la manera como el pensamiento del 68 “produjo dos versiones diferentes pero complementarias de la inversión de la fórmula” de Clausewitz, quien sostenía, como se sabe, que “la guerra era la continuación de la política por otros medios” (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 244). Foucault, por un lado, invirtió la fórmula para apuntalar su famoso análisis micrológico, estratégico y genealógico del poder, en el que la guerra se convierte no sólo en la matriz de las relaciones de fuerza, bajo la idea de que la guerra es el principio de organización de la sociedad, sino también en la grilla de inteligibilidad de las relaciones de poder y de las luchas contra el poder. La guerra, como dice Foucault en *Defender la sociedad*, es una relación social permanente (Foucault, 2001; Alliez y Lazzarato, 2022, p. 67).

La guerra, de esta manera, sería algo así como una cifra de las relaciones sociales, bajo la idea de que constituye el fondo imborrable de todas las relaciones y de todas las instituciones de poder. Lo que implica que el conflicto entre fuerzas es un conflicto que anida en el seno de la propia sociedad y que el Estado y la política no son su origen ni su punto de llegada, sino que el poder político mismo es sólo un momento de esa situación estratégica compleja de relaciones de fuerza.

Deleuze y Guattari, por otro lado, invirtieron la fórmula de Clausewitz, pero en este caso para problematizar la relación entre la guerra y el capitalismo y apuntalar un análisis de la economía-mundo en el que la mirada se centra en las articulaciones históricas entre la guerra y los movimientos del capital (Alliez y Lazzarato, 2022, pp. 244, 252).

Para ellos, la “máquina de guerra” no tiene ni el mismo origen ni la misma finalidad que el Estado, por lo que el Estado tiene que apropiarse de ella, capturarla y subordinarla a sus fines políticos (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 252). Al hacerlo, se terminan trazando las coordenadas de la relación histórica entre la guerra, el capital y el Estado. El análisis de esta relación muestra dos momentos importantes: el momento en que la guerra “está bien capturada en el Estado”, momento en que el objetivo militar de la máquina de guerra está subordinado al fin político del Estado, y el momento en que el capital se apropia de la máquina de guerra,

momento que se acelera con la Primera Guerra Mundial y desemboca en el segundo conflicto bélico a nivel mundial (Alliez y Lazzarato, 2022, pp. 254-255).

Cuando esto sucede “el capital ya no se limita a pasar por la forma Estado” para cumplir “las necesidades de su propio desarrollo”. Al contrario, emprende un proceso de captura y construcción a la vez de su propia máquina de guerra, “de la cual el Estado y la guerra solo constituirán los componentes” (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 255). Aquí es cuando el objetivo militar de la máquina de guerra deja de estar subordinado al fin político del Estado, tiende a autonomizarse en la forma de un “objetivo ilimitado” y la guerra termina haciéndose total.

En este paso de la guerra interestatal a la “guerra total”, el capital le transmite a la guerra lo infinito (a saber, el movimiento ilimitado que caracteriza a la acumulación capitalista) haciendo que el objetivo de la guerra ahora ya no sea tanto el derrocamiento del adversario cuanto su misma eliminación. Lo que tomó cuerpo evidentemente con las máquinas de guerra nazis y fascistas que llevaron hasta el final “la línea de abolición de los movimientos sin límites de la guerra”, haciendo posible que el derrocamiento del adversario coincidiera con su exterminio (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 255).

A la vista de estas transformaciones de la naturaleza de la guerra a partir de la dinámica del capital, los autores atisban un tercer momento en el análisis de Deleuze y Guattari, decisivo para entender lo que estamos viviendo actualmente: el momento en que la máquina de guerra resuelve “la contradicción entre su fin limitado y su objetivo vuelto ilimitado” dándose la «paz» como objetivo. Con lo que se llega a una situación límite y extrema -que es en la que estamos- en la que la máquina de guerra llega a materializarse en la «paz» (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 256).

Con esta “extensión del dominio de la guerra a la paz”, la guerra se convierte de esta manera en un marco permanente de vida en la forma de la «paz». Pero se trata de una “paz del terror” que despliega el capital y en la que el “fin político es inmediatamente económico y el objetivo económico inmediatamente político”, en la medida en que “la máquina de guerra de la paz total no es otra cosa que la ilimitación absoluta de la mundialización capitalista misma” (Alliez y Lazzarato, 2022, pp. 256-257).

Guerra y paz entran, entonces, en un umbral donde se vuelven indiscernibles y se establece una férrea continuidad entre guerra y economía y entre guerra y política, en la medida en que la máquina de producción, por un lado, y la máquina política, por otro, ya no se distinguen de la máquina de guerra propiamente dicha (Alliez y Lazzarato, 2022, pp. 31, 257).

La continuidad entre economía y guerra hace que la economía prosiga y realice a la guerra por otros medios y la guerra se convierta ahora en una condición continua de existencia del capitalismo, tal como ocurre en México, por ejemplo, con las formas de necroacumulación en el contexto de la llamada “guerra contra el narcotráfico”. El capitalismo se presenta entonces como una economía de guerra de manera consustancial (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 86), en la que la guerra ha extendido su dominio con la puesta en continuidad de los complejos productivos, tecnológicos, industriales, financieros, militares o paramilitares.

La continuidad entre política y guerra hace a su vez que la política prosiga y realice a la guerra por otros medios y la guerra se convierta ahora en condición de existencia *política* del capitalismo, lo que significa que, en tanto poder continuo, la guerra se convierte en *una guerra prolongada* a través de las normas, las instituciones, el Estado de derecho y el consumo, lo que se traduce en una distribución violenta del poder y de los privilegios, expropiados a unos y concentrados en otros (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 18). Desde este costado, la guerra se convierte no sólo en el dispositivo de constitución de clases, colectividades y subjetividades vencidas, sino también en el fundamento político del orden interior y del orden exterior global (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 28), tal como sucede con el proyecto colonial que el Estado de Israel ha emprendido contra Palestina o con las políticas neoliberales que, en el contexto de la crisis de acumulación, se están convirtiendo en el dispositivo de organización y regulación de la crisis de la civilización capitalista al interior de cada país.

Cuando la guerra se convierte de esta manera en la condición de existencia política y económica del capitalismo, el capital se presenta como una guerra continua y prolongada por todos los medios y bajo todas sus formas. La máquina de guerra del capital transforma la «paz» en la forma en que extiende el dominio de la guerra. La guerra ya no es sólo cifra de la relación social del capital (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 68), la expansión de la guerra y la multiplicación de sus dominios termina por establecer un continuo entre guerra, economía y política (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 26).

En estas condiciones de radicalización de los conflictos y multiplicación y proliferación de todas las formas de la guerra, la pacificación alcanzada por todos los medios, tanto sangrientos como no sangrientos, se convierte en el objetivo de la máquina de guerra del capital (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 29). Lo que no significa, por supuesto, que las guerras militares desaparezcan de la escena, sino que la guerra del capital no necesita llevarse a cabo a través del conflicto armado en última instancia, porque la lógica de la pacificación (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 14) supone un proceso único donde la guerra y la paz ya no se distinguen bajo la forma de un *continuum de poder isomorfo* compuesto de una sucesión ininterrumpida de guerras múltiples y diversas (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 35). Como “paz del terror”, la pacificación que busca e impone la máquina de guerra del capital es una “política de tierra quemada” (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 38) en la que palpita el estruendo de las guerras en curso en toda su multiplicidad y diversidad (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 39). La «paz» se transforma de este modo en el medio a través del cual la máquina de guerra del capital se impone a nivel global; es entonces que parece que la guerra “desaparece”, pero en realidad la guerra sólo desaparece porque ha ocurrido una extensión de sus dominios y registros, de sus formas y sus dimensiones.

Si en el paso de la guerra interestatal a la “guerra total”, el capital le transmitió a la guerra el movimiento ilimitado que caracteriza a la acumulación, en el nuevo paradigma de las guerras fractales del capital, lo ilimitado de la guerra industrial total, da lugar a intervenciones *ilimitadas* en y contra la población, llevadas a cabo en nombre de “operaciones de estabilización” que participan del sistema de pacificación global, en tanto que el espacio de acumulación, en la mundialización capitalista contemporánea, es transnacional (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 281). Esta sería precisamente una de las característica centrales y definitorias de las actuales guerras fractales que emprende la máquina de guerra del capital: que se trata de una máquina de guerra que no tiene a “la” guerra ya como fin, en la medida misma en que transforma la paz en una forma de guerra a través de un proyecto de *pacificación infinita* (Alliez y Lazzarato, 2022, pp. 281-282), cuyo objetivo nunca es alcanzable del todo, porque de lo que se trata es de apaciguar cualquier resistencia amenazante que emerja en cualquier parte y que ponga en riesgo el orden necesario para que se lleven a cabo los grandes megaproyectos, se reproduzcan los capitales invertidos y continúen los flujos de ganancias.

Los autores plantean que se trata de *una guerra perpetua de pacificación securocrática* en la que la pacificación quiere decir ante todo mantener el orden necesario para la producción y reproducción del capital; una pacificación que hay que alcanzar en contra de un enemigo indeterminado que puede ser, sin distinción de orden, Al Qaeda, las redes criminales transnacionales, los estudiantes, los hooligans, los anarquistas, los parados, los indígenas rebeldes, los chalecos amarillos, o cualquier otro grupo o colectivo (Alliez y Lazzarato, 2022, p. 289).

Es en esta tesitura, que hay que inscribir las “guerras contra las drogas” que han emprendido varios países auspiciados por los Estados Unidos de Norteamérica como parte del proyecto hegemónico que mantiene sobre el hemisferio.

En la re-configuración del mundo global, como dice Pilar Calveiro, y en el contexto del desarrollo de redes de corte criminal y mafioso de carácter tanto regional como transnacional, lo que hemos presenciado en Latinoamérica es un continuo de guerras emprendidas o auspiciadas por EU “contra las drogas”, las cuales se han traducido en la obtención de una hegemonía hemisférica (Calveiro, 2012, p. 45) que le ha permitido a Estados Unidos de Norteamérica desplazar unilateralmente el conflicto de las drogas desde el territorio estadounidense hacia

los países periféricos productores o intermediarios, con las consecuencias sociales y humanitarias que eso implica. Lo que significa que las “guerras contra las drogas” y el combate contra la inseguridad y el crimen organizado no pueden entenderse por fuera de ese proceso de reconfiguración hegemónica y de las formas de acumulación capitalista que facturan, como vamos a ver en el siguiente apartado.

3. Campo de guerra, simulación y orden “para-legal” en México

La proliferación de la criminalidad y las mafias, en este contexto argumentativo, no pueden entenderse como un elemento disfuncional, residual o anormal del capitalismo, como suele asumirse, sino como algo perfectamente funcional y articulado a la globalización del mercado, en tanto se trata de formas y prácticas para-legales a través de las que se da paso también a la acumulación capitalista, en el sentido de que son industrias a fin de cuentas que expanden el mercado a “las áreas prohibidas como el tráfico de órganos, de drogas o personas” (Calveiro, 2012, p. 60).

La noción de “campo de guerra” que acuñó el periodista y escritor mexicano Sergio González Rodríguez en un libro con el mismo título que se publicó en 2014, es un concepto que permite, precisamente, poner de relieve el entramado relacional que existe entre los modos de acumulación de capital y de generación de ganancias, la estrategia bélica que se desarrolla en México “contra las drogas” por parte del Estado mexicano y los intereses transnacionales y estadounidenses en el hemisferio.

Se trata de un ensayo en el que analiza cómo es que el mundo emergente se ha convertido en un escenario bélico de la mano de la hegemonía militar estadounidense, como parte de un plan estratégico de militarización del mundo y de toda una geopolítica que, al funcionar como forma de gobierno global, ha terminado por convertirse en uno de los ejes rectores del mundo. *Campo de guerra*, en este sentido, analiza la tendencia geopolítica encabezada por Estados Unidos de América, que, con el pretexto de combatir el tráfico de drogas, ha impuesto un campo de batalla en México de acuerdo a sus propios intereses económicos y de seguridad.

Allí aparece una noción que, bien entendida, puede ser muy útil para pensar y teorizar esta articulación entre el capitalismo y la “guerra contra las drogas”, a saber, la noción de “campo de guerra”; una noción que hace alusión, de acuerdo al autor, 1) a un campo de excepción, en el sentido de Agamben, pero además hace alusión 2) a un espacio donde se cruzan la vida de las personas, las tendencias geopolíticas, las estrategias de guerra y el control y la vigilancia de las colectividades. Se trata de 3) un espacio que se crea y se mantiene a través de la militarización y la paramilitarización y que 4) se presenta, no de una forma terminada en todas las latitudes del mundo, sino de diferentes maneras de acuerdo a su propio grado de desarrollo (en latencia, en gestación o ya desarrollado) y 5) expresa, además, al interior de un país, las relaciones de fuerza que operan a nivel global; y, finalmente, 6) se trata de un campo que refleja un rechazo a las normas e instituciones que sostienen la legalidad y el Estado de derecho de un país.

La tesis del autor es que México se ha convertido en un campo de guerra de la mano de la “guerra contra el narcotráfico” que emprendió el Estado mexicano bajo el auspicio y la injerencia del gobierno estadounidense. De modo que el libro se presenta como “un informe” acerca de tal circunstancia, su génesis y evolución (González, 2014, p. 11). Y como un informe, lo que hace el autor es proporcionar datos, describir, analizar e ilustrar las relaciones que ensamblan este estado de guerra.

De inicio, se plantea que el campo de guerra que se va a examinar desborda el territorio de la nación mexicana, ya que se despliega hacia Centroamérica y el Caribe, toda una zona que Estados Unidos gestiona como campo contiguo de operaciones bélicas. Se trata, entonces, de

un campo de guerra que no se limita al espacio entre la frontera norte y la frontera sur del país sino que se extiende más allá de esas fronteras.

Esto ha permitido que tanto el poder estadounidense como el poder del narcotráfico, en tanto poderes fácticos sobre el territorio, hayan construido un mapa posnacional que ya no se ordena bajo el trazado tradicional, sino ahora bajo extensas líneas porosas que se flexibilizan, abren y cierran bajo las instrucciones de vigilancia terrestre y aérea del ejercicio de Estados Unidos o bien a través de las prácticas del crimen organizado.

Las regiones del país, a su vez, se han modificado por el dominio territorial de los grupos criminales, cuyas actividades en torno al trasiego de la droga han reconfigurado el mapa interior del país, provocando una dislocación territorial que ha traído consigo otra cartografía movediza que poco tiene que ver con los mapas tradicionales fincados en la división política en términos de estados y municipios; una dislocación territorial que ha unido a México con Centroamérica como parte de un corredor territorial estriado por el crimen.

Como parte de la instauración del campo de guerra, todas las regiones del país atestiguan crisis y tensiones entre lo legal y lo ilegal que han terminado por crear un nuevo orden criminal-institucional, esto es, un orden "alegal" que se verifica incluso en las propias instituciones. No se trata, como sostiene Pilar Calveiro, sólo de ilegalidad e impunidad -aunque hay mucho de eso sin duda- sino de la instauración de un nuevo orden en el que coexisten el Estado de derecho y el Estado de excepción (Calveiro, 2012, p. 137).

Estas condiciones alegales han terminado por crear y alimentar un régimen de terror, de violencia y muerte que padece cotidianamente la población desde que el Estado mexicano le declaró la guerra a los carteles de la droga en diciembre de 2006, pues cada año se rompen los récords del año anterior en términos de homicidios, feminicidios, desapariciones forzadas, extorsiones, desplazamientos, secuestros, etc.

Como parte de este orden criminal-institucional y del orden "alegal" que lo factura, la simulación se ha convertido en la dinámica que rige la vida pública del país y en la que participa el propio Estado: "de los partidos políticos hasta la Suprema Corte de Justicia, de los gobiernos a las cámaras de diputados y senadores, del accionar del capital a los monopolios de la comunicación, de las fuerzas públicas al sistema judicial y penal, del ciclo electoral a los intelectuales y propagandistas que apoyan esa simulación" (González, 2014, p. 17).

En México, aunque el Estado se apega al formalismo legal en sus poderes ejecutivo, legislativo y judicial, se vive de facto en un Estado sin Derecho. Por eso el Estado vendría a ser una suerte de ente leuía carente de sustancia.

Un Estado que simula legalidad y legitimidad, al mismo tiempo que construye un orden donde se unen lo legal y lo ilegal. Ante esta situación, de poco valen los eufemismos, como aquellos que reconocen un Estado, pero en crisis ("Estado acorralado", "Estado débil", "Estado fallido", etc.), porque lo que hacen es atenuar el hecho relativizándolo (González, 2014, p. 19). Lo que hay que reconocer sin ningún tipo de miramiento es el falso Estado de derecho en México y la ausencia del imperio de la ley. Un Estado que simula legalidad y legitimidad al tiempo que prolonga entramados fácticos donde se unen o se borran las diferencias entre lo legal y lo ilegal. Tal como ocurrió el pasado 21 de febrero de 2023, cuando los mexicanos tuvimos un claro ejemplo de este régimen de simulación en el momento en que se confirmó lo que ya se sospechaba, que el encargado de dirigir la lucha contra las drogas durante el Gobierno de Felipe Calderón, Genaro García Luna, fue declarado en Nueva York culpable de todos los cargos por los que se le juzgaba. Quien fuera uno de los arquitectos de la "guerra contra el narcotráfico", en realidad durante muchos años colaboró con el Cartel de Sinaloa.

Es en el seno de este orden "para-legal" signado profundamente por la simulación, precisamente, donde la "guerra contra las drogas" implementada por el Estado mexicano con auspicio de Estados Unidos se ha convertido en una estrategia bélica que ha permitido expandir el capitalismo hacia espacios y ámbitos nuevos, previamente inaccesibles, así como intensificar

la explotación de los recursos naturales por parte de las industrias extractivas y favorecer la expansión de los negocios y los megaproyectos del capital transnacional.

La “guerra contra las drogas”, de esta manera, es una de las formas como se presenta esa articulación entre guerra y capitalismo en aquellos países azotados por las redes criminales y del narcotráfico donde prima la simulación y el estado de excepción convertido en norma. Pero no en todas las latitudes esa articulación se presenta con la misma claridad como sucede en la franja de Gaza con el exterminio que el pueblo palestino sufre a manos del Estado de Israel, “tierra quemada” en la que tampoco encontramos la típica guerra interestatal y, sin embargo, podemos dar cuenta de una de las caras del reino despiadado de la guerra como tal. La imbricación que trazamos aquí entre la “guerra contra el narcotráfico” y el genocidio del pueblo de palestina no es, ciertamente, gratuita. En un mundo en donde la guerra deviene total, todas las guerras, todos sus simulacros y todos sus campos de excepción o campos de guerra están interconectados. En las distintas guerras que sufre México, como la propia “guerra contra el narco”, la guerra contra los indígenas en Chiapas y la guerra contra los estudiantes normalistas, podemos observar una alianza política y económica entre el gobierno de México y el gobierno de Israel.

En definitiva, esta relación juega un papel muy importante en la progresiva militarización de México, cuyo gobierno, a raíz de la “guerra contra las drogas”, ha comprado armas cortas, fusiles, aviones no tripulados, drones y tecnologías de espionaje cibernético como el polémico sistema *Pegasus* a compañías israelíes como *Elbit Systems*, *Israel Weapon Industries*, *Israel Military Industries* y *NSO Group*. Y este arsenal no sólo ha sido usado por las fuerzas del Estado para reprimir y vigilar a la gente que vive en México, como sucede, por ejemplo, con el empleo del ya mencionado *Pegasus* para espiar a activistas, funcionarios y periodistas mexicanos, o como ocurre, a su vez, con el uso de vehículos blindados SandCat de la empresa israelí *Plasan Sasa*, vehículos que están implicados, entre otros casos, en la desaparición forzada de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, sino que también son recursos militares que, ya sea a través del robo o la venta, han terminado en manos de distintos cárteles del narcotráfico (López, 2020). Siguiendo a Lazaratto y Alliez, podríamos decir que esto describe a la perfección cómo la guerra y la paz han entrado en un umbral de indistinción de tal modo que la “guerra contra el narco” parece abastecer a la guerra total tanto en México como en Israel en un proceso de pacificación llevado al infinito. Si el arsenal de Israel abastece al gobierno de México e Israel se ve beneficiado con las ganancias de ese intercambio, se puede argüir que el flujo y reflujo de guerra que se da en el suelo mexicano es uno de los capitales de guerra que le sirven a Israel en la apertura de distintos “campos de guerra” y, en particular, en el exterminio del pueblo de Palestina.

Por otro lado, la construcción de un muro de parte de Israel coincide con el amurallamiento de la frontera mexicano-estadounidense, como denuncia el grupo palestino *Stop the Wall*, proyecto que ha sido ligado en el discurso gubernamental de Estados Unidos tanto a la inmigración ilegal como al narcotráfico. El propio Netanyahu, de hecho, halagó el proyecto del así llamado “muro de la vergüenza”, alegando que él hizo lo propio en el “sur de Israel” para detener la “inmigración ilegal” de los palestinos. El muro que ha construido Israel, empero, puede definirse con justeza como un colosal “campo de exterminio” o “campo de muerte” como los que se construyeron en la Segunda Guerra Mundial de parte de los nazis. La construcción de muros es, pues, otro dispositivo de guerra que conforma el imperio. Por lo demás, es un dispositivo que se encuentra directamente relacionado con la administración de la guerra del narco y el exterminio del pueblo de Palestina. Pero ¿cuál es la particularidad del genocidio del pueblo de Palestina en el marco de la guerra imperial?

4. Palestina, el exterminio y las intifadas por venir

La máquina de propaganda sionista intenta traducir una y otra vez el genocidio en curso del pueblo de Palestina a los términos de una guerra estatalizada perfectamente visible. Este

genocidio publicitado por la máquina sionista como una “guerra justa” es justificado, además, con una serie de preceptos colonialistas, orientalistas y mítico-fascistas que se inscriben a la perfección en la lógica del imperio, cosa que nos remite a la idea de Jacques Camatte de que hoy en día lidiamos con el “virus de la enemistad” o el virus de la hostilidad pura, el cual asocia al “otro” con un soporte para identificar un “enemigo” a violentar (Camatte, 2021). El señalamiento es coherente con la noción de Tiqqun de que el imperio es “un *medio* que nos es hostil” (Tiqqun, 2008, p. 97). Estos preceptos, ergo, se suman a la conformación de lo que, aquí, siguiendo el ejemplo de Tiqqun, que precisamente leen al imperio como un “reino de la hostilidad” propiamente dicho, llamaremos “reino de guerra”.

Esta estrategia de normalización de la hostilidad absoluta de la guerra es coextensiva al discurso de la paz/pacificación al que aludimos antes, porque, en pocas palabras, la paz eterna de la guerra eterna necesita de sus enemigos igualmente eternos, que vienen a ser encapsulados en una identidad consumible que, de una u otra manera, soporta y caricaturiza aquello a lo que refiere la raíz de *gen-* de la palabra “genocidio”; es decir, a todos los pueblos de la tierra, existentes y por venir. Esta identidad prostética, que reduce formas de vida a *nuda vida* cuando emergen los campos de guerra ampliados, es lo que permite mantener en marcha el proceso de acumulación infinito del capital, lo que también implica que el capital necesita de la “localización dislocante” del campo de excepción para reproducirse.

Consideremos, por ejemplo, la caricatura estadounidense del árabe, la guerra contra el terrorismo y el intervencionismo en Oriente en general y cómo se construye la mirada en estas expresiones paradigmáticas de las operaciones de guerra global más allá de la simple guerra interestatal. En cada una de estas operaciones de guerra, resulta que el ojo imperial se fuga al infinito y que, de golpe, nos encontramos, nuevamente, con la *guerra de guerras*, con una suerte de guerra definitiva librada entre dos bandos igualmente decisivos para que el globo siga siendo globo: los civilizados, por un lado, y los bárbaros, por otro.

Los civilizados son aquellos Estados que sirven al capital y que, por lo tanto, sostienen el *continuum* de la guerra, su infinitización en una serie de guerras decisivas; los bárbaros, por su parte, son todos aquellos que contradicen este orden de cosas y que, por esto mismo, desempeñan el papel de un enemigo absoluto perfectamente exterminable. En este sentido, la asociación entre el sionismo y el nazismo, que está marcada por el profundo antisemitismo de Israel (el palestino es, de hecho, un *semita*), no es exagerada, en especial si tomamos en cuenta la noción de máquina de guerra y campo de guerra que venimos revisando, y la conexión que éstas tienen con la “clase mediocrática” (Agamben, 2001, p. 82), la cual no sólo contribuye a naturalizar la apertura de campos de excepción sino que también publicita el reino de la guerra permanente y el exterminio puro y duro, de lo que se sigue que la mediocracia puede ser considerada una necropolítica en sí misma.

En el artículo *El silencio de Gaza*, Agamben nos narra a la manera benjaminiana que en una universidad de Tel Aviv se grabó con unos micrófonos especiales el sonido de dolor que las plantas emiten al ser cortadas o deshidratarse, aduciendo, para sorpresa de todos y de nadie que “En Gaza no hay micrófonos” (Agamben, 2023). Esta pequeña anécdota demarca esa capacidad de control mediático que ejerce el reino de la guerra de cara al exterminio continuo de los pueblos del mundo, y nos enseña que la aplicación del término genérico de guerra al genocidio de Palestina es una operación necropolítica por cuenta propia.

En este encuadre, Israel, como potencia racista y militar que conforma uno de los nodos más importantes del reino de la guerra, influyendo, incluso, como hemos visto, en los flujos y reflujos de la guerra en México, actúa necesariamente en nombre de los civilizados. Al adoptar esta posición de “vanguardia” de los civilizados, parece ser que la máquina de guerra sionista no se detendrá hasta acabar con el pueblo de Palestina, dado que, en palabras de Netanyahu, éste encarna al “enemigo absoluto” de Amalec, una “amenaza para la humanidad entera” que, a la postre, debe asumir esta “culpa” en relación a su contraparte civilizada (Karmy, 2024b).

En esta misma línea, hay que decir que la imagen israelí de los palestinos no sólo está nazi-

ficada en lo que se refiere a la bestialización del pueblo de Palestina (tengamos en mente las palabras del ministro de Defensa israelí, Yoav Gallant: “Estamos luchando contra animales humanos”); también lo está en relación a la imagen de enemigo total propia del “humanismo imperial” que, de una u otra manera, ve terroristas y monstruos a exterminar en todas partes.

La caricaturización del pueblo de Palestina, en este sentido, no podría ser más grotesca. La guerra civil mundial, como nos dice Rodrigo Karmy en el artículo *Averroes en Palestina*, es solidaria con la antropología, con la determinación de quién es un humano y quién no, o, mejor dicho, quién es un humano y quién es un “animal humano”. Karmy arguye en esta coyuntura que, de hecho, “el imperialismo es un humanismo” y que, por lo tanto, el “sionismo es un humanismo”, agregando que es a través de este humanismo del terror que Israel busca exterminar al semita como la encarnación extática del bárbaro (Karmy, 2024b). En lo relativo al dispositivo particular de Amalec, Karmy también escribe que este dispositivo permite que la máquina sionista despliegue una “guerra contra la in-humanidad” en general. Bajo esta fórmula, el “palestino-Amalec” se define por su in-humanidad con respecto a los sionistas, mientras que estos últimos ocupan el papel de seres humanos civilizados que a través del recurso armado se presentan como capaces de producir un mundo pacífico. Que la máquina antropológica sea solidaria con la guerra no es nada nuevo, y lo es todavía menos si consideramos los procesos fascistas-neocolonialistas en ciernes, tan prestos a utilizar operadores nazificados de *deshumanización*, *animalización* y *desnaturalización*. El humanismo imperial, así, es un humanismo indisociable de la guerra, la pacificación y el genocidio.

Una vez dicho esto, es necesario circunscribir la estrategia de la máquina de propaganda sionista en la lógica interna de la “estatización” del genocidio. Sin duda, la estrategia de la necropropaganda en cuestión es paradójica. Por un lado, el Estado de Israel le niega a Palestina el carácter de Estado y, por otro, pone en marcha sus planes de exterminio utilizando una noción de guerra que en realidad sólo es coherente dentro de la tríada civilizada Estado-nación-territorio-campo, que son coordenadas políticas y policiales que, en último término, no pueden aplicarse a Palestina. A pesar del absurdo, este *uso abusante* del término clásico de guerra es crucial en el empantanamiento del reino de la guerra, ya que podemos entenderle como un dispositivo que insiste sobre la ceguera bélica en la que el término de *campo*, pese a su aplastante evidencia, está como tachado (Agamben, 2001, p. 43). La tesis es consecuente, pues esta ceguera no sólo nos sustrae de la posibilidad de la violencia en curso sino de la posibilidad de imaginar otros mundos, imponiéndonos una determinada *doxa* (Agamben, 2001, p. 84) que pretende controlar nuestras afecciones ante la guerra e impedir la posibilidad de un levantamiento (Agamben, 2001, p. 104); esto es, pacificar nuestros afectos, atentar contra nuestra sensibilidad común y cultivar una desesperación de alguna manera “humanista” que se suma al espíritu securocrático del imperio.

En lo que concierne a esta sustracción de la violencia, habría que agregar que el así llamado monopolio de la violencia de los Estados no sólo está desfondado por el orden alegal propio de la fractalización de la guerra, sino también porque todos los agentes que se atribuyen este poder de abrir campos de guerra en dondequiera sirven al capital, tanto el Estado como “pura estructura de soberanía y de dominio” que promueve a un mismo tiempo la “sociedad de consumo” y la guerra de todos contra todos, como el narcotráfico y otros agentes de pacificación (Agamben, 2001, p. 96).

En este entramado, conviene prestar atención a la relación entre la guerra y el carácter religioso del capitalismo, acusando que el genocidio de Palestina no es un conflicto religioso per se y que la verdadera ritualística de su belicismo está determinada por el culto al dinero, o, si se quiere, por la “religión del capitalismo” que sigue la propia guerra como sistema prolongado a perpetuidad (Agamben, 2005, p. 105). No es baladí recordar con Agamben y Benjamin que el capitalismo es un culto incesante, “sin tregua y sin respiro”, en el que, como señalamos antes, la culpa es absoluta (Agamben, 2005, p. 105). Esto no significa otra cosa más que la sociedad de consumo coincide con una sociedad de guerra incesante o, como se dijo más arriba, infinita. Tal es la doble naturaleza hostil del imperio, capaz de aprovechar los fantasmas

de ayer y hoy como parte de su régimen de guerra.

De este modo, podemos decir que el reino de la guerra encarna espectralmente muchas de las formas que la guerra ha tenido a lo largo de la historia o que, como diría Derrida, les hace (re)aparecer en un proceso “espectropoético” en el que incluso los Estados parecen fantasmaticarse en su carácter mundial como instituciones criminales en red al servicio del Archi-espectro del capital (Derrida, 2012, p. 157): la guerra cotidiana, la guerra de razas, la guerra estatalizada, la guerra contra el narcotráfico, la guerra contra el terrorismo, etcétera. La guerra como *continuum* nos exige estudiar de manera fantológica esta espectralidad en la que los campos de excepción se dan como norma en la misma relación *guerra-oikonomía*.

Por ello, es arguable que detrás de la simulación del Estado-nación-territorio-campo que propugna Israel de cara al genocidio, se encuentra aquella otra triada aparentemente impugnable entre guerra-*oikonomía*-colonialismo y, por lo tanto, entre guerra decisiva y acumulación originaria incesante, relación que nos parece abocada a una renovación paródica de la *Pax Romana* en una paz imperialista que pretende exorcizar lo in-humano, lo bárbaro o, si se quiere, el resto de pueblo que escapa al Estado-nación.

En contraposición a la lógica propagandística de Israel y su glorificación continua del reino de la guerra, una doxología de carácter imperial dicho con Agamben (Agamben, 2008, p. 259), sostenemos que entre Israel y Palestina en particular no existe una guerra en el sentido clásico del término y que esta tesis no tiene ni pies ni cabeza desde el punto en que, como ha apuntado Karmy repetidas veces, no hay simetría alguna entre la potencia militar del Estado racista y colonial de Israel y el pueblo más bien cosmopolita de Palestina, que se encuentra ocupado desde hace décadas y en una desventaja evidente contra el poder de “hacer la guerra” de Israel. En cambio, diremos que lo que estamos presenciando es el desenlace propiamente cósmica de un Estado apegado a la lógica imperial que desea exterminar sí o sí a todos los palestinos y palestinas del globo en nombre del humanismo imperial y del sionismo, así como hacer desaparecer de la faz de la tierra al *mundo palestino*, y, con estos, siguiendo la idea de la guerra definitiva, a todos los levantamientos o formas de resistencia que puedan cultivarse a costa del imperio, llamémosles insurrecciones o, siguiendo el ejemplo palestino, intifadas (Karmy, 2020).

Tomando en cuenta que no hay una guerra en el sentido clásico del término en la franja de Gaza con dos fuerzas polares en condiciones ontológicas, epistemológicas, políticas y éticas similares, diremos que aquello que observamos hacia dentro del genocidio palestino es una implosión que se traduce en la producción de un campo de guerra y muerte absolutas que convierten a Gaza en el paradigma del reino de la guerra. A juicio de Karmy, esto es así porque en el imaginario securitario del imperio la población civil entra en un proceso de “enemización” en el que cualquiera puede ser el enemigo, en el que el enemigo, pues, ya no es exterior o interior, sino una entidad igualmente invisible que se encuentra masificada en la misma población y que, por esta razón, puede masacrarse en el acto. Dicho con otras palabras, ocurre que la población civil es el objeto del reino de la guerra, aunque habría que matizar con Camatte que esta enemización es total, como demuestra la enemización del mismo COVID-19. En esta misma línea, Karmy escribe que lo que está ocurriendo en Gaza entronca con la ya mencionada guerra contra el terrorismo y también con la guerra contra el virus en cuestión, que son guerras que se producen como una guerra absoluta a la que también podemos agregar como manifestación excepcional la “guerra contra el narcotráfico”. Ciertamente, cuando el enemigo puede ser cualquiera o, mejor aún, es el cualquiera, la guerra se vuelve ubicua y parece no haber un afuera de su normalidad. En este marco, la indistinción entre guerra y paz, Estado de Derecho y Estado sin Derecho se hallan a la orden del día, y se vuelve importante destacar que en el *continuum* espectral del genocidio, la *guerra oikonomica* de Israel está haciendo del territorio palestino un lugar inhabitable, tal y como escribe Karmy en *La devastación nuclear de Palestina*. En este texto, Karmy escribe que, si bien en Gaza no se ha lanzado una bomba atómica como sugería hacer uno de los ministros israelíes, sucede que la cantidad de explosivos lanzada en Gaza y la basura nuclear abandonada en Cisjordania han

dado lugar a una “colonización nuclear” (Karmy, 2024e). En tal abolición de la habitabilidad nos encontramos, nuevamente, con la idea de una “política de tierra quemada”. En efecto, para Karmy aquí cabe dar cuenta de un trance de “exterminar por exterminar” que hace del espacio ocupado algo virtualmente inhabitable. La abstracción de la tierra propia de la forma-Estado parece redoblar de cara a la necesidad de eliminar al enemigo absoluto del gobierno imperialista de Israel.

En este tenor, se puede concebir que cuando la guerra no tiene ningún afuera y Gaza asoma como el lugar más intenso de esta guerra capitalista total, puede afirmarse, como lo hace Karmy, que “*todo el planeta ha devenido Gaza*” y que Gaza “*es la globalización misma*” (Karmy, 2024f). Al centro de la guerra total, nos enfrentamos al hecho de que Gaza es el paradigma de esta guerra civil planetaria. Ciertamente, como arguyen Lazaratto y Alliez, la política del capitalismo no es otra cosa que esta guerra absoluta. Presumir que el genocidio de Palestina es un fenómeno aislado, un “conflicto” religioso propio de Oriente, resulta, a todas luces, imposible; la cosa, más bien, es al revés: el genocidio de Palestina ilustra el reino de la guerra y todas las cenizas que deja a su paso. Lo que ocurre en Palestina, ergo, es el paradigma de lo que ocurre en todo el mundo. Gaza, como sostiene Karmy, carece de afuera.

Y sin embargo, de acuerdo al propio Karmy, Palestina también asoma como un contrapunto a la implosión del campo de guerra y muertes absolutas del reino de la guerra. Así como todo es Gaza y Gaza es la globalización en sí misma, Karmy arguye que Palestina es el nombre de una “solidaridad”, del “erotismo con el que los pueblos se abrazan en el instante de peligro” (Karmy, 2024f). El nombre de Palestina conlleva, por tanto, la potencia de una intifada mundial, de una “sublevación activada por la imaginación de los pueblos”, los cuales vendrían a componerse solamente de “monstruos”, de “*animales de imaginación*” o, dicho con el último Bordiga, de *bárbaros*, que es lo mismo que decir de *cualquieras*. Como tales, los *bárbaros* pueden agenciar una inteligencia común, *acéfala*, y enfrentarse a los “hombres” que dominan el planeta, a todos los “humanistas” que portan el estandarte de la paz del terror (Karmy, 2024b). En otras palabras, la cifra de solidaridad de los pueblos puede llamarse Palestina, y como tal es capaz de desarticular el sentido de la máquina antropológica y la trama oculta del reino de la guerra. Es justo esto lo que significa para Karmy que el espíritu de Averroes habite la intifada: la posibilidad del cuestionamiento radical del humanismo de Occidente y sus guerras decisivas en abierta reivindicación de la imaginación común de los cualsea.

Otro texto muy importante en este punto es *El fin del muro es el fin de todos los muros*. En esta columna, Karmy escribe que el 7 de octubre del 2023 un palestino se subió a un bulldozer y quebró la reja de la Franja de Gaza. Ya que el bulldozer ha sido usado por las fuerzas de ocupación israelí para derrumbar casas palestinas, esto nos habla de la profanación de una imagen; a saber, la imagen del muro como dispositivo de separación absoluta y su consumación o, si se quiere, de la apertura de un campo de excepción y de un campo de exterminio. Para Karmy, esta imagen “condensa el fin de todos los muros” a través de la “solidaridad” como “momento destituyente en el que todos los muros que venían a cercenar, compartimentalizar, dividir y asfixiar a la multitud, experimentan su fin” (Karmy, 2024c). La solidaridad que esboza el nombre de Palestina aparece como un cuestionamiento radical de todos los muros, se trate del muro de Israel, el muro de la frontera entre Estados Unidos y México o los muros de clase, promoviendo un quiebre de la “convivencia”, de la “paz” y de la “democracia” del imperio. Más aún, Karmy entiende esta imagen profana como el inicio de una “guerra de los muros” que presenta como un “proceso de destitución del amullaramiento” (Karmy, 2024c). Ante los muros, y empleando un lenguaje espectral, Karmy escribe en *Los cuerpos son espectros y nada pueden hacer los muros* que el cuerpo de los cualsea se rizomatiza en distintos ramajes en una “verdadera guerra microfísica”, actuando como un espectro masivo que, de hecho, puede traspasar cualquier muro (Karmy, 2024d). El fascismo, según nos dice Karmy, buscara conjurar esta espectralidad de los cuerpos cualsea, ya se encarne en la figura del migrante, el gay, el comunista, la mujer u otros grupos marginales/marginalizados, pero en último término sucede que los cuerpos se cuelan por las grietas de los muros que los

poderes vigentes componen. La experiencia palestina y la experiencia mexicana da cuenta de esto. A este respecto, Karmy hace referencia a Wendy Brown, filósofa para la cual los Estados amurallados expresan, antes que fuerza, el agotamiento del mismo poder soberano, pues tales Estados se ven en la necesidad de construir muros como prótesis suyas en orden de mantener cierto control sobre los cuerpos en general.

Estas tesis se conectan con el texto de *El Muro y la Grieta. Primer Apunte sobre el Método Zapatista* del SupGaleano, que está dedicado a la lucha de Ayotzi como “grieta en el muro del sistema”. En este manuscrito, leemos que es posible hacer grietas en este muro aparentemente inexpugnable, pero con la condición de hacerlo “con el cuerpo entero hasta conseguir hacerle a la historia esa herida que somos” y buscando agenciar una “lucha común” que “transforme el dolor en rabia, la rabia en rebeldía, y la rebeldía en mañana” (SupGaleano, 2015). Para los zapatistas, esta grieta nos permite ver e imaginar los posibles que hay detrás del muro, que a veces se muestra como un espejo de la muerte reinante, a veces como un “bello paisaje” y “las más de las veces” como una marquesina que dice “P-R-O-G-R-E-S-O” (SupGaleano, 2015). El texto también llama a la solidaridad desde el lugar en el que estamos, desde una localización verdaderamente excepcional, diremos, y desde las cosas que somos capaces de utilizar para agrandar las hendiduras del muro del sistema, se trate de “un libro, un pincel, una guitarra, una *tornamesa*, un verso, un azadón, un martillo, una varita mágica, un lapicero” (SupGaleano, 2015), o cualquier otra cosa.

Ahora bien, esta reivindicación de la imaginación que tanto Karmy como los zapatistas enarbolan en vistas de un “mundo en el que quepan muchos mundos” y ya no existan los muros como tal se halla en conexión directa con el cosmopolitismo de los pueblos de Palestina. En un artículo del 2020, Karmy señala que Palestina encarna una entidad paradójica por derecho propio: una “nación cosmopolita” que, a saber de Edward Said, resulta bellamente “mundana”, dado que Palestina busca “habitar un mundo” de manera plural, acogiendo culturas, religiones y comunidades muy distintas unas de otras, en evidente contradicción con la noción del “Estado moderno” y su univocidad (Karmy, 2020). En ligazón directa con ello, en su libro *Intifada*, Karmy nos habla de un “cosmopolitismo salvaje” que caracteriza a las revueltas populares. Según este cosmopolitismo, en la revuelta se *hace mundo del mundo* y se reivindica el ser-con de los distintos cuerpos mixturizados en un solo pliegue de infancia, conformando una política verdaderamente comunista en la que los cualquiera tienen lugar en cuanto tales (Karmy, 2024a, p. 8).

5. Conclusiones

Si la guerra, la economía y la política han entrado en un umbral de indistinción en el que la noción de paz asoma simplemente como proceso de pacificación de todos los pueblos del mundo y de todos los mundos de los pueblos, entonces, al hallar en el pueblo en sí mismo al “enemigo absoluto” de la humanidad civilizada, el imperio se convierte de cabo a rabo en un agente cosmicida. En estricto sentido, esto quiere decir que nada ni nadie en el mundo, sea humano o no-humano, está exento de la posibilidad de ser sacrificado al becerro dorado del capitalismo y su necesidad de crecimiento infinito, cosa que es justificada y articulada a través de la máquina antropológica y su división humano-animal. De esta suerte, la guerra se absolutiza de tal modo que, como arguyen Lazaratto y Alliez, nos estamos enfrentando a guerras contra ecosistemas enteros y contra distintas especies animales, vegetales, fungicas y microbianas, así como contra todas sus relaciones intervitales; a guerras contra las mujeres y la comunidad LGTBQ+; a guerras contra los árabes, contra los negros y otros grupos racializados; a guerras contra los indígenas y contra los “terroristas”; a guerras contra la educación popular y, en general, contra cualquier forma de política que cuestione al imperio (recordemos la desaparición forzada de los 43 estudiantes de Ayotzinapa). En vistas de esto, creemos que es una tarea de la política que viene mantener la mirada en el “haz de tinieblas” de la contemporaneidad, como escribe elocuentemente Agamben en *Desnudez* (Agamben, 2011, p. 22), y

profanar el improfanable de la guerra como aquel motor oculto del capitalismo reinante, desarmando la ceguera de la división Estado-nación-territorio-campo y, con ella, el entramado del reino de la guerra como tal.

Como hemos tocado al final del texto, nos parece que detrás de los campos de guerra y muerte absolutas del reino del terror, se encuentra la potencia de una intifada mundial que el imperio quiere suprimir al establecer campos de excepción y profundizar la lógica del gobierno *oikonomico* del planeta. Se trata de una potencia que pertenece a la imaginación acéfala de los pueblos sin Estado que cuestionan el poder del capitalismo a través de sus mismas formas-de-vida, de sus *cómos* y sus *gustos*, así como de las luchas situadas que llevan diariamente a cabo desde allí, desde cómo viven a costa del régimen de sobrevivencia impuesto por el Capital (Agamben, 2017, p. 413). Todas estas formas-de-vida, más allá del régimen de representación estatal y capitalista, apuestan por un cosmopolitismo salvaje en el que todos los pueblos entran en con-tacto imaginal unos con otros como pueblos del mundo en su diferencia ínsita. Asumiendo este germen popular, nos gustaría parafrasear un artículo de Amadeo Bordiga que rescata el carácter in-fantil de la revuelta, esto es, su política viva, imaginal y acéfala centrada en la *gente* como tal, en la *gens* de los pueblos o en el simple hecho de que, como diría Agamben a su vez, la gente se junta, habla y hace comunidad (el *factum loquendi* y el *factum pluralitatis*) (Agamben, 2001, p. 59) y cerrar el artículo suscribiendo a su llamado: “¡Adelante, bárbaros!” (Bordiga, 2022).

Referencias

- Agamben, G. (2001). *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Pre-textos.
- Agamben, G. (2005). *Profanaciones*. Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2008). *El Reino y la Gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno. Homo sacer II, 2*. Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2011). *Desnudez*. Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2017). *El uso de los cuerpos, Homo sacer, IV, 2*. Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2023, octubre). *El silencio de Gaza*. <https://ficcionalarazon.org/2023/10/30/giorgio-agamben-el-silencio-de-gaza/>
- Alliez, E., & Lazzarato, M. (2017). Guerras y capital [Museo Reina Sofía]. *Ciclo de conferencias Devenir Guernica. Lecturas sobre guerra, exilio e iconoclastia*. <https://www.museoreinsofia.es/actividades/eric-alliez-maurizio-lazzarato-guerras-capital>
- Alliez, E., & Lazzarato, M. (2022). *Guerras y capital*. Traficantes de sueños.
- Bordiga, A. (2022, enero). *¡Adelante, bárbaros!* <https://artilleriainmanente.noblogs.org/?p=2472>
- Calveiro, P. (2012). *Violencias de estado: La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*. Siglo Veintiuno Editores.
- Camatte, J. (2021, noviembre). *Aquí está la muerte, aquí es donde tienes que saltar*. <https://ficcionalarazon.org/2021/11/11/jacques-camate-aqui-esta-la-muerte-aqui-es-donde-tienes-que-saltar/>
- Comité Invisible. (2007). *La insurrección que viene*. La fabrique editions.
- Derrida, J. (2012). *Espectros de Marx: el Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Trotta.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la locura en la época clásica I* [Translated by Juan José Utrilla]. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad: curso en el Collège de France (1975-1976)*. FCE.
- González, S. (2014). *Campo de guerra*. Anagrama.
- Karmy, R. (2020, julio). *Palestina, una “nación cosmopolita”*. <https://lavozdelosquesobran.cl/palestina-una-nacion-cosmopolita/>
- Karmy, R. (2024a). *Intifada. Una topología de la imaginación popular*. Metales pesados.
- Karmy, R. (2024b, mayo). *Averroes en Palestina*. <https://ficcionalarazon.org/2024/05/16/rodrigo-karmy-bolton-averroes-en-palestina/>

- Karmy, R. (2024c, mayo). *El fin del muro es el fin de todos los muros*. <https://lavozdelosquesobran.cl/opinion/el-fin-del-muro-es-el-fin-de-todos-los-muros/21052024>
- Karmy, R. (2024d, mayo). *Los cuerpos son espectros y nada pueden hacer los muros*. <https://ficcionalarazon.org/2024/05/07/rodrigo-karmy-bolton-los-cuerpos-son-espectros-y-nada-pueden-hacer-los-muros/>
- Karmy, R. (2024e, mayo). *Todxs podemos hablar de Palestina*. <https://ficcionalarazon.org/2024/05/20/rodrigo-karmy-bolton-todxs-podemos-hablar-de-palestina/>
- Karmy, R. (2024f, agosto). *La devastación nuclear de Palestina*. <https://lavozdelosquesobran.cl/opinion/la-devastacion-nuclear-de-palestina/17082024>
- Lazzarato, M. (2022). Guerra, capitalismo, ecología: ¿por qué Bruno Latour no puede entenderlo? *Revista Disenso*. <https://revistadisenso.com/guerra-capitalismo-ecologia/>
- López, E. (2020, junio). *Israel y la militarización de México*. <https://avispa.org/israel-y-la-militarizacion-de-mexico/>
- SupGaleano. (2015, mayo). *El Muro y la Grieta. Primer Apunte sobre el Método Zapatista*. <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2015/05/03/el-muro-y-la-grieta-primer-apunte-sobre-el-metodo-zapatista-supgaleano-3-de-mayo/>
- Tiqqun. (2008). *Introducción a la guerra civil*. Melusina.

